

“El acontecimiento de nuestro tiempo: algunas lecciones éticas”

Brais Arribas

En filosofía se suele usar el término “acontecimiento” para referir a una situación inesperada y disruptiva capaz de alterar el estado normal de cosas de una manera tan drástica que ya no vuelve a ser lo que era antes. El acontecimiento señala a aquello que provoca la novedad y el cambio, indica el advenimiento de un suceso diferencial imprevisto y sorpresivo y cuyos efectos son tan chocantes y traumáticos que a quién afecta, que pueden ser estructuras macro (biológicas o socioculturales) o micro (corporales o subjetivas), necesariamente queda trastocado o conmovido en sus aspectos más esenciales. Aunque a posteriori sus causas puedan ser descifradas, el acontecimiento no se provoca a voluntad, no se planea de un modo consciente, sino que por el contrario adviene. Se trata de una experiencia sobrellevada a la que se queda expuesto y que expropia un número de cualidades suficientes como para que lo que parecía duradero y estable se someta a cuestión.

En la medida en que quiebra lo establecido y lo abre a la novedad, en el acontecimiento siempre hay un elemento de riesgo, pues da lugar a un intervalo de tiempo en el que los cálculos y las previsiones se vuelven dudosos y navegan en la indeterminación. Por ello es habitual que quien lo vive se sienta extraño, alienado o amenazado, desnudo ante una situación que, por lo menos en un primer momento, es difícil de entender y aún más de controlar. Por ello la ruptura que instituye sitúa al que lo experimenta en una doble disposición, por un lado lo deja en un estado de estupor, desorientación y desasosiego ante el abismo de lo desconocido y los peligros y amenazas a los que puede conducir – que se agrava cuando entre sus implicaciones están la enfermedad, el sufrimiento y la muerte-; no obstante, por otro, otorga una oportunidad al cambio, a la localización de aquellos elementos negativos y perjudiciales, permitiendo su modificación y con ello la posibilidad de construir un mundo más habitable y justo.

Quizá no sea tan exagerado afirmar que la pandemia causada por SARS-CoV-2 es el “acontecimiento de nuestro tiempo”. Una experiencia catastrófica en la que todos estamos inmersos y que aunque fue advertida por algunos expertos, cuya voz sonó inaudible en el medio del torbellino de la opinión pública, nos ha sacudido de un modo tan súbito como desconcertante. Momento de una crisis grave e insondable, dada la rapidez con la que se extiende el contagio, el número de afectados, la cuantía de los fallecidos y la soledad e indefensión de los enfermos en el instante de su muerte, por el aislamiento que provoca la distancia física que se nos recomienda para combatirlo y por la ansiedad fruto de las inseguridades, también de las económicas, que se vislumbran en un futuro que se sabe incierto.

Es verdad, como muchos han advertido y cabe también ahora recordar, que la presente pandemia nos parece especialmente grave e intensa porque nos ataca a “nosotros”, a la ciudadanía de los países “desarrollados”, quiénes nos creíamos inmunes al contagio de enfermedades infecciosas que considerábamos propias de otras latitudes distantes y económicamente poco avanzadas. Quizá no sea el momento más oportuno para profundizar en esta idea, habiendo otros más propicios para tal efecto, pero sí cabe aunque solo sea dejar señalado que miles de personas mueren a causa de enfermedades relativamente sencillas de tratar, como la malaria, la tuberculosis o el paludismo, cuando no directamente a causa de la desnutrición, siendo esto evitable con una organización económica distinta y una política más distributiva, equilibrada y justa.

En todo caso, y volviendo al tema que nos ocupa, del análisis acertado del origen y de las causas que están detrás del contacto del ser humano con SARS-CoV-2, del anticipo o previsión mesurado de las consecuencias que puedan desprenderse de ello y de las implicaciones que esta reflexión traiga consigo, dependerá en gran medida que de la experiencia traumática que estamos padeciendo, y de todo el dolor infligido, se puedan extraer algunas lecciones valiosas que ayuden a establecer un diagnóstico que abra la posibilidad a la edificación de una civilización más íntegra y armoniosa, como muchos deseamos. Para ello la filosofía puede jugar un papel determinante no solo por el rigor analítico y la capacidad comprensiva que se le presupone, sino también, y en este caso sobre todo, por la orientación axiológica y normativa que puede ofrecer a la hora de configurar las modificaciones ideológicas y prácticas más saludables y denunciar las lesivas o peligrosas.

Dado que la sensación de estar experimentando algo nuevo e inesperado llama a la urgencia, provocando una cierta falta de mesura analítica y precipitación en la adopción de conclusiones, es necesario mantener una actitud sobria y cautelosa que aun poniendo en valor lo deseable, no se arriesgue a conjeturar situaciones que casen más con nuestros anhelos o aspiraciones que con una visión realista y asentada del momento en que nos encontramos. Sin embargo, parece que hay algunos aspectos lo suficientemente razonables como para ser expuestos con una cierta firmeza y que configuran el contenido teórico del presente artículo.

Que el “acontecimiento de nuestro tiempo” sea una pandemia causada por un virus nos dice varias cosas de nuestra civilización, al igual que nos lo indica el estado en que se encontraban nuestras estructuras socio-políticas en el momento de afrontar una crisis de tal calado, así como las medidas que se han ido adoptando o las que se piensan en implementar para prevenir una situación semejante en el futuro.

Uno de los aspectos que se hace más urgente plantear es la cura de humildad a la que hay que someter las ideas grandilocuentes en relación a las capacidades humanas. Como acierta a señalar Emanuele Coccia, la pandemia causada por SARS-CoV-2 pone en entredicho el narcisismo de las sociedades occidentales al hacerse patente que el ser humano no es capaz de someterlo todo a su control y que una entidad minúscula, que ni siquiera está claro que sea un ser vivo, puede detener a la civilización históricamente mejor equipada desde un punto de vista técnico, alterando su funcionamiento normal y poniendo del revés gran parte de sus estructuras sociales y económicas. La asunción de las limitaciones humanas debe conducir igualmente a la revisión del axioma antropocentrista que sitúa al ser humano en una posición de privilegio respecto del resto de seres vivos, ya que no somos ni los únicos, y puede que ni los más importantes, agentes del cambio, ni estamos situados en una escala ontológica superior respecto de las demás entidades naturales, sino inscritos en el mismo círculo biológico que afecta a todas ellas. La tecnociencia no faculta al desarrollo de un poder omnívoro, mediante el cual el ser humano se permita el lujo de convertirse en el gobernante de lo existente, sino que, en todo caso, debe ayudar a conformar un modo de actuación responsable con las demás formas de vida con las que estamos encadenados. Los seres humanos somos vulnerables, al igual que lo es el ecosistema en el que habitamos, y esa fragilidad es precisamente lo que constituye el carácter esencial de todas las especies vivas.

Igualmente, si no era evidente ya en base a la constatación del cambio climático y el consiguiente aumento de la temperatura del planeta que acarrea, debe destacarse el

efecto búmeran que activa el poder agrilogístico, tal y como lo enuncia Tim Morton¹, al empujar a la biosfera más allá de sus límites, no solo socavando los ecosistemas y causando graves problemas medioambientales -como la deforestación, la desertificación o la pérdida masiva de biodiversidad- sino lesionando también los intereses de sus promotores y quienes supuestamente debieran ser los beneficiarios de sus efectos, al ocasionar la contaminación masiva del entorno, la polución de la atmósfera, la acidificación de las aguas y el suelo y, como tristemente estamos comprobando, la emergencia de graves pandemias. Como han señalado Robert Wallace en varios de sus textos o en alguna de sus entrevistas recientes, el grupo Chuang en *Contacto social*, uno de los primeros escritos aparecido sobre la crisis de la COVID-19 y uno de los más sugestivos, o Ángel Luís Lara en un acertado artículo publicado recientemente en un periódico digital, la transferencia zoonótica del virus al ser humano tiene mucho que ver con el modo de producción capitalista, con la globalización y con la ejecución de sus axiomas básicos en el sector agroindustrial, al verse sometidas las empresas que lo integran al mismo principio de competitividad y eficiencia que rige el capitalismo de mercado, en los que la maximización de la producción y la reducción de costes juegan un papel determinante en la obtención de plusvalía, el único objetivo que da sentido a la actividad económica en la cultura capitalista.

En este contexto, y dada la fuerte demanda de proteína de origen animal, se produce una continua transformación de grandes entornos forestales en macrogranjas o en zonas de producción agraria con el fin de dar alimento a los animales que se crían en ellas. Estos animales habitualmente se encuentran hacinados y en condiciones de higiene y salubridad deficientes, lo cual causa la bajada de sus defensas inmunitarias y facilita el contagio de plagas de origen vírico, de las que algunas cepas son nuevas al encontrarse en especies animales, como los murciélagos, cuyo nicho ecológico, situado en territorios forestales hasta entonces alejados de los circuitos de producción, ha sido alterado.

Atendiendo a estos hechos, la zoonosis que ha favorecido el trasvase del nuevo coronavirus de animales a seres humanos puede explicarse por la modificación de ecosistemas salvajes dada la proliferación de las citadas macrogranjas y por las condiciones de rendimiento intensivo en que se gesta la producción industrial agropecuaria en ellas, unida a la masificación demográfica de los entornos en los que se localiza y al elevado y generalizado consumo de carne animal. De ello puede extraerse que el brote de la pandemia no puede expresarse en los términos de un desastre natural del que no se puede responsabilizar a nadie, sino que tiene que ver con la lógica de expansión del agrocapitalismo industrial y de la presión que ejerce sobre el ecosistema.

Varias son las enseñanzas que pueden extraerse del proceso descrito y que sirvan como orientaciones para evitar que una pandemia como la causada por SARS-CoV-2 vuelva a producirse –aunque haya varios expertos que señalen que esto es inevitable²- o en el

¹ El agrilogismo se define como el proyecto cultural que sintetiza las ideas centrales de la cultura occidental cuyos tres axiomas, que definen sus normas regulatorias, son la primacía del pensamiento lógico y cuantitativo, la validez de la metafísica de la presencia y el antropocentrismo (Morton 2019, 69).

² Emanuele Coccia sostiene que la vida está definida por un proceso continuo de transformación en el que los virus juegan un papel esencial como agentes del cambio al ser uno de los causantes de las mutaciones en el código genético de las especies que conduce a la variación biológica.

caso de no ser así que sus efectos sean reducidos. En este sentido, es necesario desarrollar una regulación rigurosa y estricta en el sector agropecuario que evite la proliferación de la ganadería industrial y que establezca unos protocolos de seguridad severos en los sistemas de producción ya existentes. Sus objetivos principales debieran ser, además de configurar un marco laboral justo para los trabajadores, el control de la higiene humana y animal, la vigilancia de la calidad de los alimentos que consumen los animales que se crían así como la pertinencia de los medicamentos que se les administran, el espacio que estos disponen en el proceso de crianza y la limitación de la cantidad de carne susceptible de ser producida en un lapso de tiempo específico. La restricción de la producción debe estar orientada a evitar la deforestación debido a la multiplicación de plantaciones agrícolas con el fin de obtener alimentos para la ganadería y a reducir el consumo de proteína animal, procesos que se retroalimentan. De igual modo, esta legislación debiera incluir un reglamento sancionador con jurisdicción internacional a la que todas las empresas habrían de someterse para comerciar en el mercado global.

Enlazando con la función regulatoria que le corresponde llevar a cabo a las instituciones, sean internacionales, nacionales o locales, en el ámbito de la industria de la alimentación de origen animal, otra de las enseñanzas más relevantes que la presente pandemia nos deja es precisamente la superioridad de la gestión pública de los servicios de cuidado y protección frente a modelos de carácter privado. En las democracias liberales occidentales, donde el Estado nación está fuertemente asentado, se evidencia la importancia de contar con servicios públicos sanitarios y asistenciales bien dotados y capaces de atender a la población con indiferencia de sus recursos económicos. En tal sentido, ha quedado acreditado que la reducción de los presupuestos, y con ello de los recursos, de los medios y de los profesionales en el ámbito de la sanidad pública para ampliar aquellos destinados al ámbito privado, ha sido un desacierto, dejándolos sin medios tanto materiales como humanos, e incapacitándolos para responder con rapidez y eficiencia suficientes a una pandemia de estas dimensiones. Conviene, por tanto, revertir esta situación y aumentar los presupuestos públicos en materia sanitaria. Caso aparte merece la situación que se ha producido en una gran cantidad de residencias de ancianos con una administración privada, donde se han encontrado numerosas muestras de abandono, de falta de higiene y de cuidado y en los que la COVID-19 ha proliferado sin medida, constatando la inviabilidad de los modelos guiados por el criterio de la mera obtención de beneficio económico en el ámbito de los cuidados.

En otros espacios geográficos en los que el estado no proporciona un modelo sanitario y asistencial a la población, o solo lo hace de un modo restringido o limitado, ha quedado acreditado, en cambio, la importancia de la autogestión colectiva y la solidaridad comunal a la hora de proporcionar servicios y atenciones a los enfermos o a los más necesitados. Varios ejemplos de modelos de gestión eficientes de la crisis basados en la solidaridad comunal los proporciona el libro colectivo *Todo lo que nos queda es (el) ahora*, editado en Chiapas, donde se muestra la importancia de la cercanía y de la atención mutua a la hora de administrar un problema comunitario como es el caso de una pandemia.

Precisamente la ética de los cuidados, y los valores que en ella se defienden, es una de las posturas prácticas que conviene reforzar dada la crisis que estamos experimentando. En el actual contexto de emergencia sanitaria, y ante la constatación de la fragilidad de las condiciones vitales de gran parte de la ciudadanía, se ha evidenciado la relevancia de las actitudes ligadas a la atención con el otro, y ya no solo desde una perspectiva

puramente clínica o asistencial, sino desde otra solidaria en el que la preocupación y el respaldo al extraño se han impuesto al interés propio o a la desconfianza con el desconocido. Es verdad que se han encontrado diversas muestras de egoísmo, de falta de empatía e incluso de discriminación con profesionales especialmente expuestos al contagio o con individuos cuyo origen se sitúa en el foco de la pandemia, pero estas no solo han sido casos excepcionales sino que rápidamente se han visto repudiadas por una parte importante de la ciudadanía. Los valores más mezquinos vinculados a una concepción individualista basada en el cálculo egoísta de costes y beneficios, que está en la base del modelo económico-social neoliberal, habitualmente se ha visto sustituida por otros en los que prima la defensa de un bien común difuso, y donde la mutualidad ha permitido asumir que la inmunidad, por decirlo en los términos de Roberto Esposito, se produce más en el cuidado del *munus*, de la carencia o debilidad constitutiva que se comparte con el otro, que en la atención y cuidado dirigido exclusivamente hacia uno mismo. Es cierto que las medidas de confinamiento nos han separado de los demás, y que la ausencia de contacto físico directo es la medida estrella para evitar el contagio del virus, lo que supone erradicar temporalmente la libertad de reunión, sin embargo, y a la espera de que las medidas de alejamiento respondan a un estado de excepción limitado, ha salido reforzada la conciencia de nuestro carácter eminentemente social, que nos induce a estar con los otros y a apoyarnos en ellos, la conciencia de que la estabilidad social parte del equilibrio y la equidad entre quienes la componen, y que el enlace diferencial, como lo denomina Teresa Oñate, prevalece sobre la ruptura individualista, que piensa la organización social desde una perspectiva puramente meritocrática y competitiva.

De hecho, gran parte de los trabajos que en estos días se están mostrando socialmente más necesarios son los que hasta hace poco recibían el calificativo de “basura”, inseguros, precarios y de bajos salarios. Sin embargo, su papel en el actual contexto no solo está haciendo más patente la injusticia de tales condiciones sino también lo innecesario de su reducido reconocimiento social. A la inversa una gran cantidad de actividades profesionales de elevada estima, muy bien remuneradas pero socialmente superficiales o innecesarias, y que ya David Graeber ha calificado acertadamente como “trabajos de mierda” (*bullshit jobs*), han quedado desacreditadas, debiéndonos hacer reflexionar en relación a la justeza de los criterios que se utilizan para valorar la importancia de las actividades profesionales y del estatus social que merecen. En tiempos de pandemia los más expuestos y reconocidos limpian, reparten, atienden, asisten, curan e investigan, y las actividades de producción directa del sector primario se imponen a administradores contables, asesores o especuladores financieros.

Finalmente, es necesario realizar un análisis en torno a las amenazas que se ciernen en el terreno del control de las poblaciones amparadas en justificaciones que apelan a la procura de la seguridad y la protección para la ciudadanía. Si en líneas anteriores se ha alabado, en el contexto de las democracias liberales, la importancia de la implantación de fuertes estructuras públicas capaces de garantizar la salud y de enfrentarse a catástrofes sanitarias, como en la presente pandemia, cubriendo las necesidades de la totalidad de la ciudadanía y evitando las exclusiones y las carencias de modelos privatizadores que atiendan solo a quién puede pagarlos, lo cual de un modo indirecto supone ensalzar el papel del Estado como garante de bienestar en el área de la salud, ahora conviene advertir contra el peligro de que esta confianza depositada en el Estado se convierta en una vía que justifique una ampliación aun mayor de su potestad que abra la puerta a una vigilancia de la ciudadanía, al control de sus movimientos y eventualmente a la restricción o al impedimento de los mismos. De hecho, gran parte de

los debates en torno a la cuestión biopolítica previenen contra la posibilidad de que la pandemia sea usada como un medio para la creación de un estado de excepción de facto, en el que los sistemas de control digital, proporcionados en gran parte por las grandes corporaciones tecnológicas y digitales (las así llamadas GAFAM: Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft), puedan jugar un papel esencial a la hora de mapear los movimientos de la ciudadanía y limitar su libertad por medio de una supervisión continua, además de permitir la obtención de grandes beneficios económicos con el recabado y venta de nuestros datos privados.

Lo que parece incuestionable es que esta polémica se inscribe por una parte en la continua aporía que se produce entre Estado y democracia y por otra, aunque complementaria, en la creciente importancia de las empresas tecnológicas y de la economía digital como una nueva manera de conformar un poder disciplinario capaz de aumentar el control de los cuerpos, ayudando a apuntalar la gobernabilidad de las élites sobre la mayoría ciudadana. Como indica Pérez Masdeu existe un riesgo creciente de que la distancia social provocada por la pandemia refuerce un capitalismo digital basado en el teletrabajo, en las compras online y en la pérdida de privacidad, que haga posible que superestructuras tanto privadas como públicas se impongan al individuo, evadiendo el control ciudadano que en democracia se debe realizar de las instituciones, silenciando su capacidad para participar de un modo libre y autónomo en la toma de decisiones y dirigiendo, a la vez, sus aspiraciones hacia conductas donde la satisfacción se obtiene a través de formas digitales de consumo. Frente a la tentación de refuerzo de los mecanismos de gobernanza policiales a la ciudadanía solo le cabe oponer una resistencia informada, crítica y activa.

La crisis, por lo menos en sus aspectos más dañinos pasará, y habrá dejado un panorama desolador en lo humanitario y muy posiblemente también en lo económico, y puede que dentro de los estados occidentales ésta última sea aún más aguda en el Estado español donde sectores claves de su economía se están viendo directamente afectados por ella; sin embargo, las oportunidades abiertas por el acontecimiento sobrevenido no pueden dejarnos indiferentes. Deben advertirnos de nuestra propia vulnerabilidad, de nuestro vínculo inquebrantable con el mundo biológico al que pertenecemos y con el cuerpo que, como las demás especies vivas, somos. Lo deben hacer también sobre la crisis climática, sobre la continua agresión del modelo económico vigente sobre los ecosistemas y sus especies vivas, sobre los peligros de la explotación depredadora y los excesos de un ser humano endiosado y que cree que la alteración ilimitada de la naturaleza no tiene consecuencias. Deben denunciar el sufrimiento de tantos seres humanos producto de enfermedades y desnutrición cuyos cuerpos simplemente parecen no importarnos. Deben prevenirnos de la necesidad de cuidarnos y atendernos mutuamente, sustituyendo los valores de la feroz competencia por los solidarios de la debilidad compartida. Deben avisarnos sobre los perjuicios de la desregulación neoliberal, de la privatización de servicios públicos esenciales, como el sanitario o el asistencial, o de la reducción de sus presupuestos. Deben revelarnos la importancia de profesiones infravaloradas y de la precariedad de sus condiciones laborales. Deben alertarnos contra las nuevas formas de control que se vienen y de la continua lucha que ha de efectuar la ciudadanía demócrata contra las macroestructuras estatales o corporativas que las imponen, así como contra el nuevo capitalismo cognitivo y digital que monetiza nuestros datos y orienta nuestros deseos.

Y si no es así todo el sufrimiento experimentado puede que haya sido en vano.

Bibliografía.

Y. AGUILAR: “Jëen Pä’äm o la enfermedad del fuego”, en *Todo lo que nos queda es (el) ahora*, La Reci, Chiapas, 2020, pp. 9-15.

G. AGAMBEN: “Aclaraciones”, en *Todo lo que nos queda es (el) ahora*, La Reci, Chiapas, 2020, pp. 15-18.

C. E. BAYO: “La pandemia acelera el cambio de época y el fin de la era de globalización neoliberal”, en *Público*, 26 de marzo 2020.

E. COCCIA: “El virus es un fuerza anárquica de metamorfosis”, en *Capitalismo y pandemia*. Filosofía Libre, 2020, pp. 25-31.

E. COCCIA: “La Tierra puede deshacerse de nosotros con la más pequeña de sus criaturas”, en *Capitalismo y pandemia*. Filosofía Libre, 2020, pp. 119-125.

CHUANG: *Contagio social: guerra de clases microbiológica en China*, Rosario, Lazo negro, 2020.

R. ESPOSITO: *Communitas: origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires, Amorrortu, 2003.

D. GRAEBER: *Trabajos de mierda*. Barcelona, Ariel, 2018.

Á. L. LARA: “Causalidad de la pandemia, cualidad de la catástrofe”, en *El diario.es*, 29 de marzo 2020.

S. LÓPEZ ARNAL: “Miles de mayores han muerto prematuramente en las residencias abandonadas por el sistema”, en *Rebelión.org*, 22 de abril 2020.

T. MORTON: *Ecología Oscura: sobre la coexistencia futura*, Barcelona, Paidós, 2019.

T. OÑATE: “Con Gianni Vattimo: Ontología hermenéutica y nihilismo II. A partir del texto de Vattimo: Al final de la modernidad, de 1985”, en M.A ALCAIDE y T. OÑATE (coord.): *La cuestión del sujeto ante los retos de la globalización*. Madrid, Dykinson, 2019, pp. 177-211.

R. PÉREZ MASDEU, “El capitalismo de vigilancia conquista el shock”, en *El Salto diario*, 20 abril 2020.

R. WALLACE: *Big Farms Make Big Flu: Dispatches on Influenza, Agribusiness, and the Nature of Science*. New York, Monthly Review Press, 2016.

R. WALLACE: “La agroindustria está dispuesta a poner en riesgo de muerte a millones de personas”, en *Soberanía alimentaria*, 11 de marzo 2020.